

Luis Enrique Délano

CHILOÉ

I



HILOE. Han tenido que pasar los años, he tenido que caer en mitad de Castilla, bajo un sol ardoroso de verano, para que yo recuerde la isla, tan lejana ya para mí. He aquí que el sol llega hasta las ventanas de este entresuelo. Si estuviera yo en el piso de más arriba, donde en estos momentos canta un niño la canción de su llanto, vería las colinas de Castilla, amarillentas por el sol, agrupadas como una ciudad de hongos o como veinte paraguas puestos a secar en la mitad de la tarde. Pero estoy abajo, a mi lado Layton y Johnstone cantan una dulce música que nada tiene que ver, por cierto, con Chiloé. Y, sin embargo, cuán vivo es ahora su recuerdo, cómo me que-
ma la ausencia de su clima helado.

Cuatro años son una distancia y yo necesito de la distancia para poder amar las cosas. El recuerdo despierta mis viejas ternuras, las alimenta, las hace florecer con inesperado impulso. Yo no puedo vivir el presente

sino como una existencia aburrida y sin color; ni he de mirar tampoco hacia el porvenir, porque no es éste el tiempo amable de las ilusiones. Vuelvo, pues, mis ojos hacia el pasado, donde las cosas tienen su ubicación exacta, y donde van adquiriendo el verdadero significado dentro de mi vida.

II

Puerto Montt parece gemir constantemente bajo la lluvia, echado a orillas del mar. La lluvia gruesa, dura, pesada, rebota sobre los techos. No se puede permanecer en el hotel y es preciso meterse dentro del impermeable para salir. Aquel ruido de eterna caída, aquel tam-tam de la lengua mojada del agua, aturde, embota, enerva.

Casi a la orilla misma del mar va una larga calle serpenteando. El pavimento es atroz y las casas, de antigua construcción, son pequeñas, desordenadas, como una fila de escolares que no pudieran alinearse. En las puertas hay pescadores, marineros mujeres y niños. Frente a frente, la isla Tenglo es una mancha de verdura. El mar, entre la costa y la isla, parece un canal. Cuando se retira deja ver un suelo arenoso, una especie de playa donde los botes se acuestan suavemente, como mujeres encinta, y los pequeños veleros quedan sostenidos por puntales que los pescadores han colocado. Para volver a flotarlos es preciso esperar la pleamar.

El cielo está encapotado, la lluvia ha cesado de golpear sus tamboriles monótonos.

El vapor no partirá hasta el día siguiente, a las nueve de la noche. Es el «Inca», un pequeño barco pintado de negro, al ancla, no muy lejos del muelle. Tres años más tarde, en un periódico de provincia, he visto un aviso en el cual se ofrecían en venta los fierros y las maderas del «Inca», encallado para siempre en unos arrecifes australes.

Esta noche he de ir en busca de algunos amigos con quienes haré el pedazo de travesía necesario para desembarcar en la isla. Ellos van más lejos, a una tierra fría, sin hospitalidad, de nieve constante: al territorio de Aysen. Por cierto que no se trata de un viaje de placer ni de una jira de estudios. Es una marcha forzada de desterrados. Son muy jóvenes, uno de ellos tiene rostro de niño. Aun no cumple los diez y siete años y la policía ha ido a sacarlo de su colegio para enviarlo al exilio. Se les supone culpables de haber intentado volar con dinamita un puente, en el momento en que iba a pasar el tren en que viajaba el Presidente de la República. Pero es mentira, naturalmente.

Los detectives que los conducen se han ido a dormir y mis amigos están en el hotel. Por supuesto, aunque quisieran no podrían escapar hacia parte alguna. Allí, junto al lecho de frías sábanas, me cuentan sus días de prisión, de hambre, de sed, de cotidianos tormentos. Pero es inútil. Nada podemos hacer. La impotencia más absoluta nos agarrota. Hemos de limitarnos a maldecir, bajo la noche austral, en ese hotel sobre cuyo tejado la lluvia descarga su serenata uniforme.

De pronto, es tan fuerte que nos resulta difícil creer que sea ella quien golpea en esa forma las planchas de cinc y subimos al entretecho, alumbrándonos con una vela. Allí se oyen los duros manotazos con entera claridad y se siente correr el agua en cataratas hacia la tierra mojada.

III

A la distancia, uno ve las ciudades como una sola imagen, aquella que ha golpeado con más fuerza nuestra atención. Así, Panamá será para mí una muchacha negra vestida de seda, a la puerta de su insinuante casa, en la que se coge, detrás de una cortina, un pedazo de lecho limpio y planchado. La Habana es un largo portal a la orilla de una calle y Nassau, la capital de las Bahamas, una palmera que se cimbra al viento. En ese plan, he de ver a Puerto Montt detrás de su velo de lluvia. He de verlo como un hotel golpeado sin compasión y como un pingüino que rema suavemente en el mar, a orillas del embarcadero.

Como un pingüino. Era la primera vez que los veía, graciosos, con su pico extendido, con su piel cubierta de un elemento sutil, transición entre el pelo, la escama y la pluma. Hasta pude tocar al pájaroniño; mi mano resbaló suavemente sobre su espalda encantadora.

Eso y la lluvia, cuyo run-run afiebrante me persigue aún, después de tanto tiempo.

IV

Estamos todos sentados en el puente, a escasa distancia de la chimenea, que lanza chispas brillantes en la noche. El cielo permanece encapotado aún, pero no llueve. Sobre el largo embarcadero que se interna en el mar, alumbrado por lamparillas eléctricas, pasean hombres y mujeres, como en una plaza. Parpadean las luces de Puerto Montt. A ratos no sabemos si es que estamos aún detenidos o ha zarpado ya nuestro «Inca». Pero de pronto, sin transición alguna, notamos que el puerto se aleja, que estamos moviéndonos suavemente.

Desde el puente se ve la bodega, cuya ancha boca abierta deja salir un olor agradable, de caballos, de guano fresco. Allí van algunos pasajeros de tercera clase, arropados con sus mantas, el abrigo clásico de esos lados australes. Se oyen, entre el fragor de las maquinarias, que se ha hecho ya violento, unas palabras, las primeras notas de una canción, o una maldición contra el frío, que empieza a afilar sus duros puñales.

Junto a nosotros está sentada una joven. Su padre va abajo, jugando a las cartas, en el comedor. Lee bajo la única lámpara del puente. Las chispas que escupe la chimenea pasan por sobre su cabeza, sin tocarla.

Yo estoy, al parecer, mirando cómo desaparece Puerto Montt, pero en realidad las luces lejanas no me preocupan, ni me preocupa tampoco la estela que va dejando el «Inca» sobre las aguas quietas del canal de Mo-

raleda. La tierra está próxima por todos lados, como apretando al barco en un abrazo poderoso. Yo voy soñando, soñando en unos ojos que llevo prendidos muy adentro, y en su dueña, que no sé dónde está. Me atormentan esos ojos prolongados hacia las sienas. Me inquieta su secreto. Pronuncio un nombre en voz muy baja, tan baja que no lo oye mi compañero más próximo.

V

¡Qué noche oscura, oh dioses! Una oscuridad densa, rumorosa, sin resplandores, sin perdón. Me pregunto a veces por qué el barco no va a estrellarse contra las orillas del canal por donde navega, en busca del archipiélago.

Subo al puente de mando, donde el capitán observa los instrumentos y un marinero lleva la rueda, con tranquilo movimiento. Le ofrezco un cigarrillo y mientras lo enciende, cojo ese timón metálico y lo muevo levemente. Es un segundo apenas. Pero un segundo durante el cual me he sentido poderoso, dueño de aquel negro vapor y de todos los hombres que van en su vientre. Con una vuelta brusca, el «Inca» estaría destrozándose, gimiendo al desintegrarse, como un animal herido, en la orilla.

De nuevo en el puente. Una voz dice:

—En noches así es cuando aparece el «Caleuche».

Me vuelvo rápidamente y veo una manta y un som-

brero de anchas alas. Es un comerciante que viaja a menudo entre Aysen y Puerto Montt.

—¿El «Caleuche»? Eso es leyenda...

—¿Leyenda? ¿Me lo viene a decir a mí, que lo he visto con mis propios ojos? Sepa usted, mi amigo, que el «Caleuche» tiene predilección por los canales y que, frecuentemente, aparece en noches como ésta. Lo vi, la última vez, hace unos tres meses, cerca de Chonchi. El farol de proa se balanceaba como en temporal. Oímos roncadas voces de mando, voces no humanas, ciertamente, sino del más allá.

Termina de hablar y yo busco en sus ojos, en su rostro entero una señal indicadora de que mi compañero bromea. Pero está perfectamente serio. Y parece, además, hombre no muy amigo de gastar bromas con gentes desconocidas.

La noche continúa su camino en sentido contrario al que lleva el barco. Momento llegará en que se haya alejado tanto de nosotros que al volver una de las numerosas puntillas (que son como las esquinas de los canales) nos topemos con el alba. El «Caleuche» no aparece, desdeñando la sombra propicia. Pero a veces surge la luz de una isla lejana y yo me pregunto con inquietud si no será ese el tambaleante farol de proa del buque fantasma de los mares de Chile.

Pero estoy destinado a no verlo jamás, a no oír nunca las voces roncadas de los navegantes del más allá.

VI

Muy temprano abandono la cabina, estrecha y obscura, que he compartido con uno de mis amigos. He dormido mal. Hacía frío y las máquinas, apagado ya todo rumor que pudiera venir de las costas próximas, resonaban como animales fatigados.

Cerca de mediodía aparece una mancha rojiza en la costa. Conforme el barco avanza, comienza a perfilarse Chonchi, puerto de escala obligado para los vapores que hacen la carrera al territorio de Aysen. Está clavado a orillas de la isla y pronto se advierten los detalles, las casas, las calles en pendiente, los grandes plantíos, el pequeño embarcadero y las construcciones de la orilla, montadas sobre grandes zancos.

Media docena de lanchas toma por asalto el barco. Apoyado en la borda, veo venir al amigo que me ha insinuado el viaje a Chonchi. Es pequeño de estatura y tiene un rostro moreno, parecido al de Panait Istrati, como un grabado en madera. Me despido apresuradamente de mis compañeros, los pobres desterrados; uno de ellos, justamente ese niño de cara pálida, con aire de tuberculoso, ha sido cogido en el colegio por los detectives. No se le permitió siquiera llegar hasta su casa para proveerse de ropa. Nos abrazamos con tristeza, yo que he cumplido una etapa de mi viaje de vacaciones, y ellos que comienzan su doloroso camino hacia una tierra sin piedad.

Diez minutos después estoy ya en tierra chilota, alegre, estirando las piernas con satisfacción, y contento de llegar a una isla donde la vida transcurre tranquila, primitiva y sin grandes desequilibrios.

Chonchi es un pueblo de vieja estructura, formado por tres calles en pendiente, que se precipitan al mar por un extremo y se pierden hacia los cerros por el otro. Bajo la lluvia, que cae desde hace varios días (es pleno verano) las recorro, voy de casa en casa escuchando la voz entonada de los habitantes, amigos cordiales y hospitalarios que ofrecen una rica mistela de frutas al viajero y le cuentan historias de superstición y naufragio. Todas las familias poseen tierras, fabrican el pan en casa y llevan el mismo apellido y la misma sangre. Son parientes próximos y el forastero no se explica por qué los cientos de Andrades, de Bórquez y de Alvarez no viven bajo un solo y enorme techo que cubriera todo el poblado.

En las calles, los tiuques y los jotes, que han llegado a ser animales domésticos, comparten los desperdicios, ágiles y pequeños los unos, torpes y fúnebres los otros. A veces aturde el aire el vuelo de una bandada de loros que chillan agriamente.

En la pieza de la pensión en que viví, a orillas de la playa, tenía por único compañero a un pequeño tiuque familiar y simpático. Era un lisiado: una vez un cerdo, de un mordisco, le cortó una patita y curado por mi patrona, el pájaro se acostumbró a visitar la casa diariamente; luego no se movió ya de ella nunca más.

Al despertar lo veía en mi cuarto, de uno a otro extremo, saltando sobre su única extremidad, al pobrecito, y con una cinta roja amorosamente atada al cuello.

VII

Mi cuarto. Era hermoso e invadido de una leyenda, como todas las cosas en la isla de Chiloé. Acaso no podría llamársele leyenda. Había ocurrido en tiempo no muy lejano. En esa pieza, justamente en la cama que ocupaba yo, porque en el cuarto había dos, había muerto un bandido, cuyo nombre estoy muy lejos de recordar o quizás no he sabido nunca. Hombre fiero, ladrón, pendenciero, borracho, era culpable de innumerables delitos: asaltos, saqueos, violaciones, abigeatos. Hasta que una vez lo hirieron a la entrada del pueblo y su caballo lo llevó, desangrándose, a esa posada. Fué subido al cuarto en cuestión, donde vivió, o mejor dicho donde comenzó la etapa de su muerte. Luego, el alma agradecida del bandido volvía a menudo por aquellos lugares. No faltaban en el pueblo diez o doce personas que aseguraban haberse topado con el «finao», por las noches, en la casa de huéspedes aquella.

Era un cuarto amplio, con una gran ventana que miraba al mar y por donde, al parecer, entraba aquel tiuque doméstico que fué mi amigo. Por aquel balcón debía penetrar también la sombra del delincuente asesinado.

Yo, si bien no lo vi nunca, sentí una noche el hálito de una presencia, que debió ser la de aquella alma.

Estábamos abajo, con tres jovencitas que habían ido a pasar el verano en el pueblo, y se habló de un libro de Myriam Harry que llevaba yo en mi equipaje. En su busca subí la empinada escalera que comunicaba con el segundo piso y abrí la puerta de mi pieza, en medio de la obscuridad absoluta. Ahora bien, mientras yo entraba, alguien o algo salió. No era una forma, era el calor de una forma, el hálito de una presencia. Encendí la luz casi con terror. No había nadie, ni siquiera la sombra de nadie. Cuando bajé y referí mi encuentro con un ser intangible, con la tibieza que se desprende de una persona, llegamos al acuerdo de que era el alma del bandido, en protesta por la usurpación.

Mi cuarto era hermoso. He tenido otros cuartos hermosos, como por ejemplo aquel de mi niñez, en Valparaíso, en la callejuela de un cerro, por donde pasaban los obreros a la hora del almuerzo, en casa de mi tío, que poseía un barco de pocas toneladas. Era un tercer piso y desde la ventana, apuntando el catalejo de aquel hermano de mi padre—desaparecido hace ya muchos años—veía yo balanceándose en la bahía, el «Augusto», su vapor.

Luego, recuerdo mi cuarto suspendido, de Quillota, al cual había que subir por una escalera empinada y peligrosa. Aquel cuarto, con mis libros de poesía, con pinturas en las paredes y con retratos de las primeras muchachas que impresionaron mi corazón. Y luego mi

cuarto de estudio en la casa de color verde, encima de un canal que arrastraba cotidianos cadáveres de asesinados y de niños ahogados y que, en las noches, entre la profunda obscuridad, gemía lúgubrementemente.

VIII

Tengo aún en el corazón, clarísimas, las leyendas de esa tierra chilota, los tesoros enterrados en la isla de Imelev, las desventuras de Brewell el navegante, los amores de una extraña mujer que llegó a la isla, especie de Quintrala misteriosa y seductora, los naufragios de barcas y goletas, los capitanes perdidos, los temporales de huaraca helada y la lluvia, la lluvia de ocho días con su tambor siniestro. Vive en mí el recuerdo de muchas caras chilotas, perfiladas como a golpes de hacha. La cara del armador, la cara de su hijo, la cara del comerciante en vinos, la del hombre que confecciona botes a hachazos, con golpe preciso y sabio; la cara del juez, la del subdelegado, que por las noches salía a robar animales para sus festines. Rostros y leyendas, canales y tierras bailan en mi memoria, a veces con la claridad de un cristal, otras en una mixtura de fiebre o de film. Recuerdo los cementerios, los caminos, los lagos de sombrío rostro, que no permiten a los barcos rayar su superficie sino a determinadas horas. Las hermosas goletas, todas ellas de madera sureña, aptas para la difícil navegación de los canales, las goletas que se pier-

den hacia las Guaitecas, que suelen atracar en Huafo, la isla misteriosa, habitada sólo por perros salvajes e individuos fuera de la ley.

Recuerdo que una noche vimos partir una, con sus abiertas velas blancas. Parecía, en la sombría noche oceánica, el ángel del mar con sus alas desplegadas. Aquella goleta se llama «María Baudelia», en recuerdo de una mujer muerta. No me olvido de la ancha boca de la bodega, por donde iban cayendo sacos y maderas hacia el ávido vientre. Luego, estando yo ya en tierra, aquel pájaro marino se perdió hacia adelante, buscando el resplandor propicio de la Cruz del Sur y no quedó sobre el mar sino su estela clara.

IX

Los días pasan sobre Chiloé húmedos o nebulosos, las noches acarrear sombra o claridades, con las estrellas tan cerca, tan cerca que a veces dan deseos de tumbarlas a balazos, de apagar con proyectiles su ojo único y atento.

Un día cualquiera subo a bordo, de regreso. Unas horas y he atravesado el canal. El muelle de Castro se levanta sobre empinados maderámenes. Va conmigo un gaucho, que ha atravesado a caballo la cordillera, por la parte de Aysen. Abajo, en la bodega del barco, el animal está tranquilo, aunque hambriento. En el pueblo he de acompañar a mi amigo en busca de pasto para la

bestia. No lo hay cortado y nosotros mismos, en un patio cubierto de altos arbustos verdes, lo arrancamos a tirones.

—Ese no sirve, amigo—me dice el argentino—. Esas hierbas le hacen daño al animal.

Inexperto, he cortado pastos malos, que mi compañero aparta cuidadosamente. Llevando cada uno nuestro atado regresamos a bordo, después de pasar por las principales calles de Castro. Nos miran con asombro. Es inusitado aquello. Pero no importa, hay que seguir, sigamos, compañero, que el caballo tiene hambre.

X

El crepúsculo trae su invasión sangrienta al canal por donde navegamos. La tierra está muy cerca. Se ven hasta las tapias que dividen las parcelas. En un mismo paisaje es posible contar quince tonos verdes diferentes. De cuando en cuando, el campanario de una pequeña iglesia. Yo he visto por dentro esos templos, rurales y primitivos, con santos tallados en pura madera, que ya van desapareciendo. Suelen caer en estas iglesias curas de sospechoso gusto, que reemplazan esas esculturas nobles y con tiempo por flamantes santos de yeso, pintados de color celeste. Es a esas iglesias donde van los pobres el domingo a entregar a Dios su mísera esperanza.

La ola roja viene desde atrás, invadiendo el mar con rápido ímpetu. Un poco más y navegaremos sobre un

río de sangre. El sol, al sumergirse, se destiñe lamentablemente, como una serpentina marchita. Corren las ondas coloradas hacia nosotros, defendámonos, capitán, dele usted toda la marcha al vapor. El cielo, hacia el lado en que besa con el mar-océano, es rojo, soviéticamente rojo, y el silencio del atardecer está ¡ay! interrumpido por el gramófono que unos jóvenes han llevado al puente. Les clavo mis ojos con súplica palpable y comprenden. De pronto la aguja se detiene en su itinerario negro sobre el disco y el paisaje se purifica, se ennoblece sin la música trivial. Ahora se oye, suavemente, como nuestro vapor corta las aguas hacia el norte. La noche, con precipitados pasos, hace su aparición antes que la sangre del sol llegue a lamer el casco del buque. Ya no hay peligro.

Es el crepúsculo en los canales, con una suerte de paz que nunca he vuelto a hallar en parte alguna, con una paz que no se despegará tan pronto de mi memoria.